

Esta paz ya es mayor de edad

Por: Jaime Jurado A.

Desde el miércoles todo era agitación en La Palmera, pequeño poblado centro del resguardo nasa de Gaitania, zona rural del municipio de Planadas. Los tres días siguientes, 23 al 26 de julio de 2014, se conmemoraría un nuevo aniversario del acuerdo de paz con las FARC-EP. No era simplemente un año más. Eran 18 años de vida del tratado firmado en julio de 1996 por Virgilio López, gobernador indígena, y Jerónimo Galeano a nombre de la guerrilla.

En esta zona del sur del Tolima está ubicada la histórica Marquetalia, cuna de las FARC-EP, movimiento insurgente que adelanta desde 2012 conversaciones de paz con el gobierno colombiano en La Habana. A la aldea, enclavada entre cerros de la Cordillera Central, se llega desde Planadas por una estrecha carretera que bordea altas lomas delicadamente cultivadas con café, a la sombra de cámbulos, flormorados, ocobos, guamos y cedros que florecen en diferentes épocas del año y juegan a complementar con distintos colores el verde intenso del paisaje cafetero.

Desde el comienzo del viaje, realizado en ronroneantes jeeps rusos de la Segunda Guerra Mundial, los cursos de agua, entre ellos el turbulento río Atá y cristalinas quebradas, unidas a la imponente de las montañas, nos acarician con la música secreta del alma de la Colombia profunda. Esa que escasamente se menciona en las noticias de guerra pero que ahora respira esperanzas de paz.

Gaitania, situada a 1400 metros de altura y con tibios 20 grados de temperatura promedio, alberga una población cercana a los 10.000 habitantes, de los cuales aproximadamente 2.700 son indígenas nasa, casi todos radicados en el resguardo. Fue fundada en 1920 como Colonia Penal y Agrícola del Sur de Atá. Diez años después el penal fue cerrado y se convirtió en poblado que acogió a gentes provenientes de distintas partes de Colombia, especialmente campesinos de las zonas cafeteras, atraídos por la abundancia de agua, la fertilidad de las tierras, las buenas condiciones para el cultivo del café y otros productos agrícolas. En 1949, poco tiempo después del asesinato de Jorge Eliécer Gaitán, como homenaje al caudillo liberal, tomó su actual nombre.

La alegría va creciendo a medida que se acerca el inicio de la minga. Las autoridades tradicionales están pendientes de cada detalle y se preparan para recibir a los invitados. Hay que asegurarse de que no falten el tradicional mote de maíz, que le da realce a las ocasiones especiales, ni los envueltos en hojas de victoria, como tampoco la sopa de coles y especialmente la chicha y el guarapo para calmar la sed de los asistentes.

Kapish, divinidad del trueno, presente siempre en los rituales y en la cotidianidad, se ha hecho sentir, dando buenas señales. De repente, acompañado de una fina lluvia que se desprendió de un momento a otro, se siente su fulgor estrepitoso. De estar ausente o haber tronado en seco, hubiera sido presagio negativo, augurio de muerte. De nuevo se ven varios rayos y con respeto ceremonial todos se ponen de pie para contrarrestar su energía.

Se palpa la eternidad del tiempo aborigen. No solamente en la permanencia de sus costumbres ancestrales, en el uso de su lengua vernácula (el nasa yuwe, de la familia lingüística paez), en el respeto a la memoria de sus antepasados. También en la consagración de las lagunas y fuentes de agua como lugares sagrados. Especialmente la paz de la que ahora gozan la relacionan con la tranquilidad que vivían antes de la llegada arrasadora de los conquistadores europeos pero también la proyectan al futuro como un anhelo y una posibilidad real para toda Colombia. Creen que el camino que iniciaron al sellar el pacto con quienes habían sido sus enemigos durante largos años es el mismo que debe recorrer todo el país y que sólo así será posible la reconciliación con la naturaleza a la que el hombre blanco ha hecho tanto daño al romper el equilibrio y crear una energía cósmica negativa.

"Todavía hay mucha pobreza, pero ahora el indio ya mantiene tranquilo para trabajar y puede andar por cualquier camino", afirma el actual gobernador, Virgilio López. La exgobernadora del resguardo, María Elvia Paya, concuerda con esa opinión y dice que el acuerdo acabó de tajo con las muertes violentas y permitió el renacer de la comunidad.

Otros habitantes van más lejos en el tiempo y rememoran la época de la cacica Wei Tana, que la sociedad mayoritaria conoce como La Gaitana. Tal vez en la similitud sonora con el nombre del líder popular más famoso de la historia de Colombia haya más que una coincidencia, lo mismo que en la tenacidad y permanencia de la resistencia indígena y campesina frente al despojo de tierras y al desplazamiento forzado, que caracteriza amplias zonas del país pero especialmente el área formada por el sur del Tolima y el norte del Cauca. No es casualidad que las dos más famosas "repúblicas independientes", que en realidad eran zonas de autodefensa campesina, Marquetalia y Riochichiquito, estuvieran allí, tan cerca una de la otra, apenas separadas por el imponente Nevado del Huila.

Llegada al Tolima

Recuerdan también los más viejos que ya son cerca de 112 años de presencia del pueblo nasa, conocido también como paez, en el Tolima. Llegaron hacia 1902 provenientes del Cauca, poco después de terminada la guerra de los mil días, guiados por el "coronel" Tomás Valencia, a quien apodaban El Zambo, por sus raíces negras e indias. Las primeras familias que llegaron fueron las de Domitila Perdomo, Encarnación Pencué, María Pencué, Lorenzo Paya, José Paya, Juan Paya y la anciana María Natacué, de quien se decía que alcanzó a conocer a Bolívar.

Valencia, quien como muchos otros participantes en la guerra de los mil días, siguió siendo llamado “coronel”, no era del todo nasa pero lo reconocían como líder. En su viaje de seis días desde el Cauca se le unieron los Paya, atraídos por la posibilidad de encontrar oro en Rioblanco. Luego fueron llegando en diferentes oleadas de colonización más indígenas y no indígenas.

De la mano de los líderes nasa, sus inspiradores y principales protagonistas, reconstruiremos la historia de este acuerdo que merece ser conocido más ampliamente, como ejemplo de compromiso con los más altos intereses de la comunidad.

Irrupción de la violencia

Desde 1946 la violencia oficial, directamente a través de la policía o de bandas armadas al servicio de los latifundistas, toleradas por el gobierno, empezó a asolar diferentes regiones del país. Los campesinos liberales eran masacrados o forzados a abandonar sus propiedades, a riesgo de perder la vida. El holocausto no comenzó el 9 de abril de 1948 sino que se disparó a partir de esta fecha, con el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán. Precisamente la pieza oratoria más conocida de este dirigente es la “Oración por la Paz”, pronunciada el 7 de febrero, casi dos meses antes de su sacrificio, en la Plaza de Bolívar en Bogotá, ante una enorme multitud que desfiló silenciosa. Allí denunció el sacrificio injusto de miles de personas, la persecución a los humildes y el patrocinio oficial de estos crímenes, advirtiendo la catástrofe que se vendría de no poner remedio a esa situación las autoridades.

La lucha bipartidista, la conformación de las guerrillas liberales; la persecución de los conservadores y el ejército a estas guerrillas, se hicieron sentir con gran fuerza en diferentes partes del país, pero especialmente en el Tolima y por supuesto en el territorio que ya se conocía como Planadas, del que forma parte Gaitania. La zona fue escenario de confrontación entre los chulavitas o pájaros apoyados por el gobierno, y los movimientos de autodefensa liberales o comunistas surgidos de la necesidad de proteger la vida de las comunidades.

Virgilio López, líder que encabeza la actual dirigencia del resguardo y que en la época del pacto también ejercía como gobernador, con su baja estatura, complexión menuda y ojos ligeramente orientales, podría pasar por héroe vietnamita. Pero más que adalid militar, descuella como hombre de paz y los 18 años transcurridos desde 1996 no parecen haber añadido nada a su semblante, de por sí de edad muy difícil de precisar. Con mirada que parece viajar en el tiempo recuerda que la guerrilla liberal hacía presencia en Rioblanco en 1953 y que algunos de sus miembros empezaron a aparecerse ante los indígenas, pero que la comunidad no sabía quiénes eran. Como también llegaron los chulavitas buscando a los liberales, los ancianos cuentan que los indios sufrieron las represalias, sin que respetaran niños ni viejos.

De esta manera los paeces de Gaitania se vieron involucrados en una guerra ajena. Ellos, herederos de los sobrevivientes del genocidio producido por los españoles, ahora se veían en medio de luchas que no podían entender.

A pesar de la relativa pacificación introducida por el gobierno militar de Rojas Pinilla y de los acuerdos del Frente Nacional, que pusieron fin al enfrentamiento entre liberales y conservadores, la guerrilla comunista del sur del Tolima, si bien dejó de actuar, no entregó las armas. Sus miembros y las comunidades a las que pertenecían continuaron viviendo como colonos y el grupo dirigido por Pedro Antonio Marín , convertido en Manuel Marulanda Vélez, se estableció en zona de Gaitania, en el lugar conocido como El Támara, que también cambió de nombre, pasando a llamarse Marquetalia, igual que un municipio del oriente de Caldas.

Hasta mayo de 1964 se volvió a vivir un período de paz. No obstante, ya desde antes de esa fecha era evidente que la guerra podía volver de un momento a otro. El senador conservador Álvaro Gómez Hurtado clamaba por la eliminación manu militari de los territorios campesinos de autodefensa, a los que llamó repúblicas independientes, enclaves del comunismo internacional y puntas de lanza de la Unión Soviética. De nada valieron las súplicas del sacerdote Camilo Torres y de los propios campesinos que reclamaban un espacio de integración en la vida nacional, vías de acceso, escuelas y puestos de salud. Los planes de ataque de las fuerzas armadas del gobierno, con respaldo total e involucramiento de los Estados Unidos de América, no tenían reversa y marchaban a todo vapor en las inmediaciones de Marquetalia.

Nuevamente los indígenas se vieron inmersos en una guerra que no les pertenecía. Algunos nasa se incorporaron a las fuerzas guerrilleras pero varios de ellos volvieron a sus hogares, decepcionados por la rigidez y dureza de esa vida. Otros sirvieron de guía al ejército en su ingreso a la zona y de allí quedó la semilla de la relación antagónica con los hombres de Marulanda. Este campesino también empezó a ser conocido con el alias de "Tirofijo" por su infalible puntería y ahora ya no era un colono que huía de las persecuciones sino que comandaba a las nacientes Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia.

De cualquier modo, Marquetalia, después de la toma oficial, pasó a tener un valor más simbólico que real, como cuna y epicentro de la guerrilla, debido a que los insurgentes pasaron a convertirse en fuerza móvil que no defendía posiciones ni estaba mucho tiempo en el mismo lugar.

Vinieron luego unos años en los que no se presentó problema alguno. El grueso de la guerrilla se estableció en la Cordillera Oriental, teniendo como eje las zonas de colonización de El Pato y Guayabero, y comenzó a incursionar en la zona norte del departamento del Caquetá.

En la década del 70 la guerrilla intentó muchas veces, con serios reveses, volver a hacerse sentir en la Cordillera Central y específicamente en lo que podría llamarse en

términos de Alfredo Molano la verdadera Marquetalia. Es una amplia zona, también llamada por la gente, la “vuelta al mundo”, comprendida por los municipios de Ataco, Planadas, Rioblanco y Chaparral, región caracterizada por haberse alzado en armas a fines de los años 40 contra los gobiernos de Ospina Pérez y Laureano Gómez.

Los paeces crean autodefensa

A mediados de los años 70 las Farc volvieron a establecerse en la zona y unos años más tarde, en 1981, asesinaron a Herminia Cupaque y dejaron parapléjico a su esposo, Justo Chindicué, quien se desempeñaba como gobernador de las siete veredas del territorio indígena.

El exgobernador Ovidio Paya, verdadera memoria viviente de su pueblo, relata que los nasa, comunidad completamente ajena al conflicto entre gobierno e insurgentes, en la indecisión de qué bando apoyar, se entregaron a una lucha que no era de ellos. “Se enfrentaron primero a las fuerzas armadas del estado porque los tildaban de guerrilleros y posteriormente a la guerrilla por matar a sus líderes, como José Domingo Yule, asesinado porque un yerno de él se había ido para el ejército. Esto creó un rencor entre las partes, quienes se asesinaban mutuamente por venganza. El ejército aprovechó esta situación y entregó material de guerra a los indígenas, les enseñó cómo utilizarlo y a hacer trincheras.”

Los paeces de Gaitania pasaron entonces a tener su propio grupo armado, ya que el ejército, además de entrenarlos, les proporcionó carabinas a los 150 hombres que lo conformaban.

La mesa estaba servida para el ciclo de emboscadas y muertes. En esta larga confrontación murieron 36 paeces, 150 sufrieron heridas y la comunidad padeció los rigores de la guerra. El número de viudas y huérfanos era considerable para un grupo humano pequeño, caracterizado por sus fuertes lazos comunitarios y territoriales. Por otra parte, nunca se ha sabido la cifra de bajas de la guerrilla, pero es claro que también sufrió pérdidas humanas, especialmente cuando incursionaba en el territorio del resguardo.

Contrariamente al ideal bíblico de convertir las espadas en arados, fueron los arados los que se trasmataron en espadas. Los jóvenes ya no iban con el azadón al hombro al cultivo del sagrado maíz sino que convirtieron en parte de sí mismos los fusiles y carabinas. Lo que parecía ser defensa corría el riesgo de convertirse en un peligro mortal para la existencia misma de la comunidad.

Jerónimo

El 22 de marzo de 2011 el Ministro de Defensa, Rodrigo Rivera, informó al país sobre la muerte de Arquímedes Muñoz Villamil, conocido como “Jerónimo Galeano”,

comandante del Comando Conjunto Central “Adán Izquierdo” de las FARC-EP, en operación realizada por el ejército el día anterior en la vereda Chapinero del municipio de Aipe, departamento del Huila.

Llegó así a su fin una existencia iniciada 57 años atrás en el municipio de Algeciras, en el mismo departamento, y terminaban 38 años de vida guerrillera. Su transcurrir en las filas rebeldes está ligado a muchos episodios de guerra, que lo convirtieron en un objetivo de alto valor para las fuerzas armadas oficiales ya que al momento de caer dirigía los 16 frentes aglutinados en el comando central, que operan en los departamentos del Tolima, Valle del Cauca, Huila y Cauca, y entre cuyas misiones estaba proveer anillos de seguridad al máximo jefe del movimiento, Alfonso Cano, también abatido meses después.

En Gaitania, no obstante, se le recuerda más como el hombre que selló la paz con los nasa, hecho que puede catalogarse como el más importante de su carrera, al contribuir a poner fin a una etapa que le ocasionaba un desgaste adicional a una fuerza alzada en armas contra el estado colombiano.

Siendo muy joven, después de terminar su bachillerato se trasladó a Bogotá y comenzó a militar en el Partido Comunista. Su fervor e inquietudes intelectuales lo llevaron a trabajar en la editorial partidista Colombia Nueva. Inquieto por el lento avance de las ideas revolucionarias en el país y deseoso de participar en otras formas de lucha, en 1977, a los 23 años ingresó en las FARC, donde rápidamente fue incorporado en la ayudantía del Secretariado, convirtiéndose en uno de los colaboradores más cercanos de Manuel Marulanda. Aunque no era indio, su mestizaje y el respeto por la lucha de los pueblos amerindios, lo llevaron a rebautizarse con el nombre de un gran jefe apache - conocido a través del cine, una de sus grandes aficiones- y desde entonces se le llamó Jerónimo Galeano o simplemente Jerónimo.

La confianza que ganó con el comandante máximo, su entrega y compromiso, lo condujeron muy pronto a posiciones de mando. El conocimiento que tenía de la región, por ser cercana a su lugar de origen y por los largos relatos que le hizo Tirofijo sobre el surgimiento de la guerrilla y su reimplantación en el área de Marquetalia, lo llevaron a ser parte de una comisión de alto nivel que dirigiría las operaciones en la zona.

Junto con él llegaron al frente 21 en los comienzos de los años 80 los comandantes Hernán N. y Adán Izquierdo. Después de poco tiempo de tener la comandancia, Hernán, caracterizado por su dogmatismo y trato áspero con la gente, murió en combate.

Lo sucedió en el mando el caribeño Adán Izquierdo, quien a la cabeza del frente 19 en la Sierra Nevada de Santa Marta le había puesto sabor vallenato a la guerrilla y lograba una mayor compenetración con los combatientes y con la población civil. En esa zona se recuerda que con cierto estilo macondiano, en su área de operaciones construía, de

la mano de la comunidad, puentes y carreteras e invitaba a su inauguración a las autoridades civiles.

El fin de Izquierdo no fue heroico ni ocurrió en combate. En un sonado crimen pasional, su compañera, detenida en 1998 y liberada dos años después, que además se sentía poco apoyada por él durante el tiempo que estuvo en prisión, se llevó la sorpresa de encontrarlo, en plena “zona de distensión”, retozando en la hamaca con otra compañera de lucha. La traicionada aceptó que pasaran la noche juntos en plan de reconciliación, pero en medio de la oscuridad, en una cruel muestra de realismo trágico, descerrajó un certero balazo en la cabeza del malgrado galán de campamento.

Al ser promovido Adán Izquierdo, antes de su muerte, a otras responsabilidades, Jerónimo pasó a ser el jefe de la guerrilla en la región.

Quienes lo trataron por esa época recuerdan que se sentía inmensamente honrado con la nueva responsabilidad, especialmente porque el propio Tirofijo le recomendó de manera muy particular la necesidad de incrementar la presencia insurgente, la fortaleza militar y el trabajo político entre el campesinado, para que no volviera a revivirse la dura etapa vivida entre 1966 y 1973 en que la guerrilla virtualmente había desaparecido del que fue su lugar de origen.

Durante largas jornadas en las que fue su edecán, Marulanda le refirió con lujo de detalles la manera como las Farc volvieron a su cuna. En los primeros años de la década del 70, en su nuevo refugio en el territorio llamado El Pato, en la Cordillera Oriental, Tirofijo, ante los fracasos de las comisiones enviadas a instalar la guerrilla en la Cordillera Central, decidió hacer él mismo la tarea y recorrer casi medio país en compañía de 26 guerrilleros, para probar que sí era posible operar allí.

Durante las narraciones de estas andanzas, Jerónimo siempre hallaba nuevas enseñanzas y valiosas lecciones en los pormenores de lo sucedido en los dos años en los que su jefe, no solamente sobrevivió en la zona sino que sentó las bases de lo que sería el frente 6 en el Cauca y sembró de nuevo de insurgentes las montañas del sur del Tolima.

Siempre tuvo en la mente los detalles de la Operación Sonora, en diciembre de 1973, cuando el ejército, enterado de que era el guerrillero más buscado en el país quien dirigía la avanzada de los rebeldes en el intrincado nudo montañoso que une el sur del Valle del Cauca, Tolima y norte del Cauca, empleó todos los medios para acabar con el mito de las siete vidas de su peor enemigo y terminar de convencer a sus seguidores de que la Cordillera Central era terreno estéril para la guerrilla.

La ruptura del cerco y el escape de los rebeldes en plena noche, escurriéndose por las laderas de un cerro, sorteando una cascada de aguas heladas, entre las propias narices

de los perseguidores, y los continuos combates durante 15 días, adquirirían tintes tan épicos como la operación Marquetalia.

Todo esto marcó al nuevo comandante, comprometido a fondo con sus obligaciones en la comarca histórica en la que tenía bajo su mando las fuerzas insurgentes.

En ese marco, la férrea formación guerrera y las urgencias mismas de la guerra, no le permitieron en un principio plantear diálogos de paz con los paeces de Gaitania. Paulatinamente empezó a darse cuenta de que no era para nada conveniente el enfrentamiento y que en el propio patio trasero de Marquetalia tuvieran que destinar fuerzas con un adversario que, a pesar de ser pequeño, les ocasionaba serios daños. Consideraba sumamente paradójico que un grupo indígena, parte del pueblo explotado y marginado de Colombia, estuviera aliado con los gobiernos opresores y más contradictorio, que las FARC y los paeces de Gaitania fueran adversarios armados, en tanto otro grupo paez, el Movimiento Armado Quintín Lame (MAQL), que actuaba principalmente en el vecino departamento del Cauca, fuera aliado e integrante de la Coordinadora Guerrillera Simón Bolívar.

Todo ello llevó a que por lo menos disminuyera la intensidad de la contienda y que los hombres bajo el mando de Jerónimo recibieran la instrucción de actuar solamente de modo defensivo frente al grupo armado nasa de Gaitania.

Fue así como, hacia 1994, se consolidó en Jerónimo la creencia de que era necesario llegar a algún tipo de entendimiento con la comunidad nativa. No era solamente su convicción personal, sino que también entre muchos de los guerrilleros tomaba fuerza la idea de la necesidad de replantear las relaciones con los indígenas.

Al mismo tiempo, venían madurando opiniones semejantes entre los dirigentes de la comunidad nativa.

Los planetas comenzaban a alinearse en la constelación de la paz.

No fue sorpresa para nadie, entonces, que en una sesión del Estado Mayor del Frente Joselo Lozada, se debatiera la posibilidad de entablar conversaciones con los líderes nasa, dada la cercanía de la elección de nuevas autoridades y que la reunión comenzara con las palabras que con aire solemne pronunciara el comandante. El hombre, de mediana estatura, cabello cenizo, cejas negras y complexión gruesa, manifestó:

-j Camaradas, hay que darle una salida a esto! Si la guerra nos fue impuesta por la oligarquía y a pesar de eso buscamos una solución negociada al conflicto con el estado, con mayor razón debemos intentar la paz con nuestros hermanos indígenas. No podemos seguir matándonos con ellos que son parte del pueblo oprimido de Colombia. Hemos tenido contradicciones desde que algunos paeces sirvieron de guías a las tropas en la operación Marquetalia, pero también es verdad que hemos cometido errores que

los ayudaron a ponerse de parte del enemigo. Ya es suficiente enfrentarnos a la aviación, policía, ejército, con todo y hasta asesores gringos, para tener que combatir también acá mismo a los indios.-

Preguntado de por qué creía que el diálogo será una opción viable, Jerónimo sostuvo que percibía otro ambiente entre los indígenas y que algunos de los pocos guerrilleros de ese origen que militaban en las filas le habían comentado que el uno de los nuevos líderes del cabildo, Virgilio, venía con otro aire, que había cansancio entre los miembros del resguardo al ver que la violencia no les había traído nada bueno y que muchas personas lo veían como un hombre diferente a los anteriores mandos, con sus propuestas de paz, bendecido por el dios del trueno que le venía dando augurios positivos.

Un integrante del alto mando afirmó que era mejor iniciar una ofensiva total y que no era necesario negociar con los indios porque estaban debilitados por la lucha y casi desarmados porque el ejército les había retirado gran parte del arsenal con el argumento de que se lo renovarían y mejorarían en corto tiempo.

Esa proposición fue rechazada tajantemente por Jerónimo, quien insistió en que se debía pactar de buena fe, con lealtad, respetando la dignidad de la contraparte indígena y no aprovecharse del momento que pasaban en materia de dotación.

A pesar del escepticismo de varios comandantes que siempre desconfiaron de los indígenas, el pleno se inclinó por autorizar las conversaciones pero proponiendo que se buscara la intermediación de un tercero que diera garantías de imparcialidad.

Papel de la Iglesia

A pesar de no ser ya Colombia un país tan homogéneamente católico como lo fue durante mucho tiempo, la Iglesia Católica sigue teniendo un peso considerable en la sociedad y es una de las instituciones con mayor credibilidad entre la población. Algunos de sus prelados, aún en las etapas más duras de la violencia, han mantenido algún nivel de interlocución y contacto pastoral con grupos irregulares, especialmente con el fin de apoyar la liberación de secuestrados o de miembros de las fuerzas armadas oficiales capturados por los rebeldes.

Uno de los más destacados es Monseñor José Luis Serna Alzate, obispo de la diócesis Líbano-Honda por la época del acuerdo, quien actuó como garante en el proceso de reconciliación entre las partes enfrentadas.

Nació en 1936, en la vereda Muelas del municipio de Aranzazu, departamento de Caldas. Su origen campesino y la cercanía con la vida rural, lo mismo que su compenetración con las comunidades a lo largo de su carrera sacerdotal, le permitían entender con mayor profundidad los fenómenos que caracterizan al campo colombiano.

Hoy, cercano a los 80 años, vive retirado en Pereira, sufre una etapa avanzada de Parkinson, que afecta no solo su motricidad sino también sus facultades mentales, lo que le impide tener cualquier tipo de comunicación. Sus recuerdos existenciales y los datos sobre su participación en el pacto de paz fueron tomados de conversaciones con su hermano Hernando y de los documentos del proceso penal que le adelantó la Fiscalía por presunta complicidad con la guerrilla.

Hernando Serna Alzate, médico jubilado que no revela los 72 años que dice tener, luce con elegancia cabello plateado y ojos verdes que contrastan con sus espesas cejas negras. Su mirada vivaz se ilumina al recordar los lejanos años 40 cuando la familia se trasladó al caso urbano de Aranzazu y luego a Pereira en 1962. Su entusiasmo crece al relatar la ordenación de José Luis como sacerdote de la orden misionera La Consolata en 1961 en Turín. Fue el primer misionero de dicha orden en Colombia, comenzando su labor en el departamento del Caquetá. Allí tuvo el primer acercamiento al tema de la paz cuando, para intentar que los guerrilleros del M-19 aceptaran la amnistía decretada durante el gobierno de Turbay (1978-1982), autorizado por el gobierno, dialogó con Jaime Bateman, jefe de ese grupo. Muchas de las conversaciones se hacían en apartamentos del norte de Bogotá, otras en zonas rurales del Caquetá. Experiencia importante fue ser nombrado Vicario Apostólico en ese departamento; en la práctica era secretario de educación ya que por convenios con el estado, la iglesia se hacía cargo de la educación y esto le permitió un gran acercamiento con las comunidades en toda la región.

En Florencia realizó gestiones para que le dieran vivienda a la madre de Raúl Reyes, ya que la familia era de muy escasos recursos. También se le recuerda como el impulsor de la creación del Vicariato Apostólico de San Vicente del Caguán, elevado luego a la categoría de diócesis.

Luego de un tiempo fue nombrado Superior de la Consolata para Colombia y Venezuela, con sede en Bogotá. Debía visitar las comunidades de esa orden en los dos países y conoció mucho más la realidad de ambos, agrega Hernando.

Hacia 1975 fue designado Consejero del Superior Mundial y por eso debía recorrer muchas partes del mundo. En noviembre de 1978 fue nombrado obispo. Fue de los primeros nombramientos que hizo el Papa Juan Pablo II, a quien Hernando recuerda de manera muy emocionada porque pudo conocerlo en la consagración de José Luis como obispo el 6 de diciembre de 1978, y años después en una audiencia privada. Por algo, uno de los sobrinos del obispo, hijo mayor de su tío médico, asombrosamente parecido al papa polaco, se llama Karol Serna.

Hacia 1982 monseñor Serna regresó a Florencia como titular del Vicariato Apostólico y el gobierno de Belisario Betancur lo autorizó para dialogar con las fuerzas guerrilleras. Como miembro de la Comisión de Paz tuvo muchos encuentros con Manuel, Jacobo y otros mandos de las Farc, al igual que con Joaquín Gómez, comandante del Bloque Sur.

Posteriormente, en la década del 90 pasó a ser obispo de la recién creada diócesis de Líbano-Honda, donde muchas personas víctimas de secuestros, especialmente cometidos por el frente Bolcheviques del ELN, le pedían que fuera intermediario para las liberaciones o rescates, lo que hacía por humanismo. Por tal motivo, y en especial por su papel en el acuerdo Nasa-Farc, le hicieron el montaje judicial que lo mostraba como auxiliador de las guerrillas. Enfrentó el proceso en la Fiscalía Delegada ante la Sala Penal del Tribunal de Ibagué con gran dignidad pero recordaba que la fiscal era muy irreverente, lo trataba como culpable y no se refería a él por su cargo de obispo.

También le indignó que los presuntos testigos fueran personas que mentían y que formaban parte de los famosos carteles de testigos comprados y que a pesar de ello les dieran credibilidad, no obstante que la comunidad de la Consolata, altas personalidades del país, la iglesia en general y especialmente las familias de los secuestrados y los miembros de las comunidades a las que acompañó, dieran fe de su integridad y de su compromiso con la paz y con el apoyo a los que sufrían. Desde esa época ya tenía el mal de Parkinson que lo aqueja y ahora lo tiene totalmente reducido, sin conciencia ni manejo de su propio cuerpo, pero como los medios de comunicación no tuvieron misericordia y lo presentaron como cómplice de la guerrilla, la enfermedad se acrecentó y creció exponencialmente.

Nunca tuvo odio, amargura ni reproches, salvo por la irreverencia de la fiscal y la mendacidad de los testigos. Confió en que tarde o temprano, como sucedió, brillaría la luz de la verdad y la justicia.

Siempre se sintió muy satisfecho con la labor apostólica de gestor de paz, la guerrilla le tenía gran respeto, que se transmitía a toda la familia, tanto que otro miembro de ella, Álvaro, también sacerdote, interpuso en muchas ocasiones sus buenos oficios ante los mandos del Bloque Sur para la liberación de miembros de la fuerza pública privados de la libertad por los insurgentes.

“No he visto gente más terca que los paisas, y si son religiosos, peor” pensó el Cardenal Primado de Colombia, mientras recibía en su amplio despacho a monseñor José Luis Serna Alzate, el corpulento obispo de la diócesis de El Líbano-Honda, que bajo una voz suave y modales corteses llevaba una impresionante energía y empeño en las causa con que se comprometía. Si bien el apoyo a cualquier intento de paz era línea oficial de la Iglesia Católica, especialmente desde que promovió la Comisión Nacional de Conciliación el año anterior, también lo era que toda intervención debía ser autorizada por el Gobierno y en el marco de un proceso serio a nivel nacional. Por esa época no sólo no lo había sino que las Farc estaban asestando duros golpes a las fuerzas armadas oficiales y las denuncias de financiación de la campaña del presidente Samper por parte del Cartel de Cali habían creado una crisis política de grandes dimensiones.

-¿ Con que quiere ser garante de un pacto entre la guerrilla y un grupo armado indígena en la zona de Marquetalia, Obispo?- preguntó el Cardenal, todavía incrédulo ante la audacia de la propuesta.

-Así es, cardenal. La paz es nuestra vocación permanente y por estos días están dadas las condiciones para intentarla en la zona. Nunca hemos dejado apagar la llama de la esperanza. Recuerde que de los muchos nombres que tiene nuestro Señor Jesucristo el que mejor le sienta es el de "Príncipe de la Paz". Creo que tanto los guerrilleros como los indígenas, que son al fin y al cabo quienes más han sufrido los estragos de la guerra, quieren terminar este enfrentamiento fratricida y la Iglesia no puede fallarles.

-Está bien, monseñor. No habrá una autorización expresa pero tampoco una desautorización. Le deseo éxitos y que Dios bendiga su empeño, aunque se me hace que no todos en el gobierno van a estar contentos con su mediación.- dijo finalmente el Cardenal después de meditar unos minutos tras las palabras de su interlocutor.

Comienzo de los diálogos

La guerra no es mala solamente porque produce hombres muertos sino porque produce hombres malos, es un dicho que se atribuye a los antiguos griegos, que por cierto, tenían por qué saberlo. En el caso de los nasa, los estragos de la contienda bélica comenzaron a sentirse muy pronto, tanto en víctimas directas como en la afectación de las actividades económicas, en la transmisión de la cultura ancestral, la educación y especialmente en el cambio de mentalidad de los jóvenes. A mediados de los 90 una generación de nasas había nacido y crecido a la sombra de la guerra con las Farc, impregnándose de un ambiente de zozobra, miedo y violencia permanentes.

En testimonio dado en 2007 al Centro de Cooperación al Indígena(CECOIN, 2007, págs. 42-43), uno de los dirigentes que promovió la búsqueda de una solución pacífica relata así la situación que se vivía:

"La juventud entonces se empezó a armar. Nos volvimos más sofisticados y ya no andábamos con escopeta. Ya cada uno tenía una ametralladora pequeña. Nos armaron con esas metralletas. Y la necesidad de venganza era tanta que cuando la juventud se corrompe ya no se controla. Medio les parecía mal alguien y le daban. No había respeto hacia nadie y a los indios les tenían miedo. Nadie insultaba a los indios. Sólo los guerrilleros, que no venían nunca. [...] Cuando nos dábamos cuenta, nos decían: "¡Murió tal!", pero ¿ya qué íbamos a hacer? [...] Allá entraba un empleado público y no salía. Nadie visitaba. La guerra que cada uno mantenía era por ver a la guerrilla. Vivíamos frustrados, y los niños... y todos, éramos muy pocos. Hoy día somos muchos comparados con lo que éramos. Para divertirnos en una fiesta tomábamos chicha, pero nunca podíamos hacer una fiesta sin guardias, siempre tenía que haber alguien en guardia. [...] A los 12 años yo no sabía leer ni escribir."

Fueron entonces el hambre, el temor a morir en cualquier momento y, sobre todo, el creciente número de huérfanos, lo que llevó a los líderes del cabildo a buscar un acercamiento con sus contendores.

No fue fácil porque la inercia de la guerra y la visión de que no hay posibilidad de entendimiento con el enemigo seguía siendo muy fuerte entre muchas personas. De hecho, como es frecuente en medio de la perversión de la guerra y como producto de la polarización, los dirigentes del grupo de autodefensa veían con sospecha que la guerrilla no perturbara para nada a los líderes del cabildo.

Para muchos resultaba extraño que Virgilio y Ovidio pudieran andar tranquilos y no fueran atacados por los insurgentes. ¡ Qué ironía ¡ ¡ En medio de la paranoia, hasta llega a hacerse sentir culpable a alguien por no ser víctima y estar vivo resulta sospechoso!

"Se hizo casi en secreto porque muchos indígenas querían seguir la guerra y hasta nos llegaron a amenazar de muerte por hablar con la guerrilla", cuenta Virgilio López, recalcando que el cabildo no tenía mando sobre el grupo armado. .

La decisión de iniciar diálogos fue debatida reuniendo a los líderes que estaban de acuerdo con la búsqueda de solución pacífica a la problemática que los afectaba, se discutieron propuestas de concertación con las viudas y huérfanos producto de la guerra. El análisis de los resultados del conflicto llevó a la conclusión de que no se debía seguir derramando sangre y luchar por una causa que no era conveniente a todo el resguardo. Después de ocho reuniones en que se miraron las iniciativas que llevaran hacia una paz negociada, empezó en 1994 el acercamiento con las Farc.

Virgilio enfatiza que fueron tres los aspectos por los cuales se buscó la salida negociada al conflicto: 1) no a las armas y a la guerra, 2) mejorar las condiciones económicas y 3) buscar el desarrollo sostenible de la comunidad. Las esperanzas del resguardo estaban puestas en cada reunión de esos diálogos. "Durante el proceso, unos iban a hablar, que eran los líderes. Otros, hacían medicina tradicional. Y los creyentes oraban".

Hay mucho de fe y cierto sentimiento de magia y comunión cósmica en lo que vino después ya que en víspera de su elección a gobernador, como era costumbre, Virgilio debía estar 24 horas solo, meditando sobre el futuro que le esperaba en su condición de líder de la comunidad. Allí, en soledad, estaría más presto a escuchar las señales de los dioses, de la madre tierra y de su propio ser interior.

"En esa ocasión, entibiado por el sol de los venados, desde la colina sagrada, Virgilio divisaba el territorio del resguardo nasa, mientras en su cabeza escuchaba voces

contradictorias. Algunas clamaban por venganza y por la continuación de la guerra contra los guerrilleros que venían librando desde largos años atrás.

Otras, sobre todo madres que habían perdido a sus hijos, pedían el cese de los enfrentamientos y el retorno de la paz al pueblo que una vez se caracterizó por un tranquilo vivir en medio de cultivos de pan coger, maizales y hermosos cafetos que eran el orgullo de la región.

El día no entregó sus luces tranquilamente a la noche. El último sol del ocaso fue opacado por los sonoros rayos de Kapish, el trueno siempre presente y poderoso, que une el inframundo y el cielo en el cosmos nasa.

Relámpagos que se sucedían uno a otro iluminaron el horizonte y el corazón de Virgilio.

“Es muy claro el mensaje” se dijo, “no tenemos por qué seguir en una contienda entre blancos. Gobernaré un cabildo en que no haya más viudas ni huérfanos por una guerra que no es nuestra”.

Su convicción se hizo más firme la mañana siguiente, cuando en medio de la ceremonia solemne en la que el Consejo de Mayores le entregó el bastón de mando, de nuevo Kapish se hizo sentir con un retumbar de truenos que se extendió por casi media hora y que todos tomaron como augurio de tiempos mejores.

El primer encuentro

Ovidio Paya, como ya se dijo, verdadero archivo ambulante del pueblo indio, entorna sus ojos y parece revivir los momentos del diálogo inicial con Jerónimo, hacia el año 1994. En esa ocasión, por mediación de un campesino local se acordó hablar en el alto de Peña Rica. Aunque ocasionalmente se había encontrado con guerrilleros, sería la primera vez que se vería cara a cara con un comandante. Acompañado de Virgilio, esperaba hallar un guerrero imponente, armado hasta los dientes y rodeado de un numeroso grupo de combatientes bajo su mando, que exhibiera ostentosamente su fuerza y poderío. Su sorpresa fue grande al ver arribar a un hombre de trato afable y conversación inteligente, estatura media y constitución gruesa, que apenas comenzaba su cuarta década de vida, asistido por un solo acompañante, ambos vestidos de policías, portando sendos fusiles. La empatía surgió de entrada, al ver que el jefe insurgente les pedía esperar a que atendiera a un campesino que deseaba hablar con él, argumentando que la conversación con ellos tomaría más tiempo y que incluiría el almuerzo con las deliciosas viandas con las que lo había obsequiado el otro interlocutor.

“ Comandante, los indígenas realmente no saben porque pelean, ustedes en la guerrilla sí tienen un horizonte claro. El indígena en este momento está peleando es por venganza, porque perdió los familiares, pero esto no nos conviene a nosotros como cabildo ni tampoco a ustedes como fuerza rebelde.”

Así inició Ovidio la animada conversación entre los tres hombres, que se prolongó por cerca de tres horas.

Virgilio: es necesario el diálogo para ver si llegamos a una solución buena para ambas partes, pero antes queremos aclarar si es cierto que ustedes piensan atacar la chiva que la comunidad compró para el transporte de la gente.

Jerónimo: miren la importancia del diálogo, sirve para aclarar ese tipo de chismes que hacen tanto daño. De ninguna manera es nuestro interés afectar a la gente ni perjudicar las cosas que funcionen bien para beneficio de la comunidad. Nosotros no los estamos atacando a ustedes como resguardo sino defendiéndonos del grupo armado de ustedes. Además, nuestra lucha no es contra ningún sector popular sino contra el gobierno de los ricos.

Ovidio: el grupo está crecido porque el ejército le da apoyo. Ellos le hacen más caso al ejército que a nosotros. El indio no tiene la culpa de estas cosas, los militares le lavaron el cerebro.

Jerónimo: sería bueno que nosotros nos reuniéramos con toda la comunidad allá en La Palmera, sede del cabildo.

Ovidio: no hay que acelerarnos tanto. Esa reunión no es conveniente; la gente puede pensar que estamos de parte de ustedes o eso se puede prestar para una provocación militar.

Jerónimo: nosotros sabemos quiénes integran el grupo, todos los nombres. También sé que les han prometido recompensas si ayudan a acabarnos y que les han dado información de dónde estamos y adónde vamos. Lo que pasa es que no les hemos dado ese gusto y hemos eludido las emboscadas que tenían montadas. Si nos matan un guerrillero ustedes los del cabildo me responden y si mi gente mata a un indio, yo les respondo.

Ovidio: el cabildo no puede responder por lo que haga el grupo de autodefensa porque no tenemos mando sobre él. En cambio la guerrilla sí tiene que respondernos por lo que haga su gente.

Después de un vivo intercambio de opiniones se acordó que habría más reuniones, siempre fuera del territorio indígena. Ovidio y Virgilio concluyeron que con la guerrilla el acuerdo no sería difícil, que lo duro era convencer a los mandos del grupo de autodefensa. El primer paso sería neutralizar al ejército, cortar ese vínculo, porque así, al sentirse sin ese respaldo, sería más fácil que obedecieran al cabildo.

La confianza mutua fue creciendo y en otras reuniones no se hablaba sólo del tema de la paz sino de asuntos de desarrollo social. Jerónimo contactó a Virgilio y Ovidio con funcionarios del Plan Nacional de Rehabilitación y les insistió a éstos en que apoyaran a los indios en los proyectos de cultivo de lulo y en las cooperativas que tenían.

Entre tanto, falleció de muerte natural Justiniano, capitán del grupo armado. Sus integrantes propusieron a Alirio en su remplazo, pero éste dijo que no aceptaba, pues su familia ya había perdido varios miembros y que además el ejército no les había cumplido con las recompensas prometidas y por ello mejor seguía con el cabildo.

El grupo de autodefensa quedó entonces sin cabeza visible. Virgilio y Ovidio viajaron a Bogotá a reuniones con autoridades nacionales para gestionar la ampliación del territorio. Al regresar recibieron carta anónima en la que se les decía que sus contactos con la guerrilla no eran bien vistos. Por esos días el ejército escribió al cabildo pidiendo gente para que se incorporara a un desplazamiento conjunto a San Miguel, en búsqueda de la guerrilla. El cabildo no respondió oficialmente pero un indio, Aparicio Yule, sí se fue de guía a esa operación. Ante estos hechos, los dirigentes comprometidos en los diálogos vieron que la situación se estaba complicando y que Jerónimo podía pensar que no estaban jugando limpio, por lo cual decidieron contactarlo de nuevo.

Ovidio fue solo donde el comandante y le aclaró la situación. El hombre dijo que no había problema, que los diálogos continuaban.

Ovidio: ¿qué va a pasar con el indio que sirvió de guía?

Jerónimo: no soy yo quien decide ese punto. Le escribí al Secretariado pidiendo orientación.

Ovidio: en todo caso le pido que no lo maten. Nosotros defendemos la vida de cualquier persona, con mayor razón de los nuestros. Además eso nos pondría en una situación más difícil.

Jerónimo: no puedo hacer nada mientras no llegue la respuesta del Secretariado.

Al mes siguiente, Ovidio y Virgilio se alistaban para volver a Bogotá para las gestiones en curso, cuando les informaron que la guerrilla había matado a Aparicio Yule en el sector conocido como La Hamaca. Cuando ya al caer la tarde, fueron en compañía del inspector y su secretaria al sitio, no encontraron el cadáver sino que se les dijo que estaba en una cañada. Al llegar allí, como ya estaba oscuro, la secretaria iluminó con una linterna y en ese momento escucharon varios disparos, hechos por miembros del grupo armado. Por eso tuvieron que salir corriendo para salvar sus vidas.

Fueron a Bogotá y al regresar encontraron carta de las FARC al cabildo en la que se informaba que a Yule lo ajusticiaron por servir de guía al ejército y por estar buscando recompensas por muertes de guerrilleros. Esa carta fue pegada por la guerrilla a modo de cartelera en el sitio del asesinato y en otros lugares de la zona.

El cabildo decidió no tocar más el asunto y al año siguiente, 1995, el gobernador pasó a ser Marco Tulio Cupaque. El domingo de Pascua de ese año, también en La Hamaca,

la guerrilla mató a Marcos Paya y David Troches e hirió a Rafael Dagua, también acusándolos de trabajar para el ejército.

Ovidio acudió a ayudar al herido. Sintió mucha rabia de que el ejército los metiera en esos problemas, especialmente cuando el teniente a cargo le pidió que consiguiera vehículo para llevar a Rafael a Planadas.

Ante estos hechos, algunos indígenas miembros del grupo de autodefensa se enardecieron y en La Hamaca trataban a los campesinos de guerrilleros. Por esa época el ejército redujo un poco la ayuda militar al grupo, pero algunos siguieron colaborando en operaciones de las fuerzas armadas oficiales. Incluso la autodefensa atacó en Peña Rica a una columna de guerrilla que venía del Cauca.

Esto complicó mucho la situación de Ovidio y de Virgilio. La autodefensa tenía entonces la orden de asesinar a Ovidio, achacándole la responsabilidad de esas muertes y en una ocasión tenía el plan concreto, que no se materializó debido a que por un tiempo viajó a trabajar a otras partes del Tolima, en labores del Consejo Regional Indígena.

De todos modos a los pocos días vino, dio la cara y se reunió con el grupo y otras personas de la comunidad (en total unos 80). Allí aclaró las cosas y dijo qué era lo que se hablaba con la guerrilla. Se hizo otra reunión con los mismos de la vez anterior. Algunos pidieron la destitución de Ovidio del cargo de gobernador suplente y al hacerse votación solamente 16 sostuvieron esa posición. Aún así renunció porque no quería ser factor de división. A fines del 95 lo reemplazó Marcos Inseca pero como ese nombramiento no se registró formalmente ni actuó mucho, Ovidio volvió a ser gobernador suplente.

A comienzos del 96 Virgilio fue nombrado gobernador. Por esos días en Aguas Blancas, la autodefensa mató al guerrillero Gonzalo, cuando entró al territorio indígena, no en violación deliberada sino a preguntar por el camino a otro lugar. Los de la autodefensa fueron al ejército con el uniforme y otros elementos personales del muerto (no con el arma, que no fue tomada porque la alcanzaron a recuperar los guerrilleros) y la respuesta fue que no iban a dar más armas ni recompensas porque los órganos de control estaban muy vigilantes sobre esos puntos.

Fue entonces cuando la autodefensa vino y le dijo a Virgilio que estaban decepcionados del ejército, que no querían meterse en más problemas y que siguiera los diálogos con Jerónimo.

A esa altura Virgilio había hecho varias reuniones con las viudas y las madres de los indios muertos en la confrontación. Ellas dijeron que era mejor la paz, que ya habían sufrido mucho.

Entre tanto, los guerrilleros, dolidos por la muerte de Gonzalo, que era muy querido y tenía algo de mando, le pedían a Jerónimo que atacara a los indígenas, incluso en La

Palmera, sede del cabildo. El dijo que no, que era mejor esperar a ver si las autoridades del cabildo comparecían a aclarar la cosa, que si no venían ahí sí declaraba roto el proceso. Virgilio fue temeroso donde Jerónimo y le aclaró la situación. El guerrillero le respondió que daba todo por superado, que Gonzalo sería el último muerto del conflicto y el proceso continuó con más fuerza. Así se llegó al acuerdo firmado el 26 de julio de 1996.

Fin de la guerra

Fue así como el 27 de julio de 1996, en la vereda La Esmeralda, ante numerosos miembros de la comunidad y con presencia de delegados de la Defensoría del Pueblo, del Ministerio del Interior, del personero municipal, delegados de la alcaldía de Planadas, Maya Moschard de la Cruz Roja, de la ONIC (garantes del acuerdo), se firmó el pacto de paz.

La fotografía en la que el delgado Virgilio, flanqueado por el robusto Jerónimo y por el también fornido obispo, solemne como un cardenal del Renacimiento, brindaban por el futuro del acuerdo, es el recuerdo gráfico de un acontecimiento realmente histórico.

El tratado, titulado pomposamente “Fin de la violencia en el resguardo indígena paez de Gaitania-Tolima”, comprende el cese de las hostilidades, desmonte del grupo armado nasa, que los indígenas no portarían armas, el compromiso y garantías de la guerrilla de respetar el territorio indígena y no reclutar a ningún miembro de la comunidad. Igualmente, que los paeces no servirían a ninguno de los bandos que combaten en la zona, incluido el Ejército, que no serían informantes ni integrarían cooperativas de seguridad, que los problemas de la comunidad se arreglarían en su interior, sin interferencias externas.

Así mismo, se estableció que los indios no pagarían cuota, vacuna ni impuesto alguno a la guerrilla ni a ningún grupo armado.

Desde entonces el resguardo ha mejorado en infraestructura, en educación, en convenios y asesorías con diversas entidades y se han recuperado los cultivos de alimentos y de café. Se amplió la integración con organizaciones indígenas de carácter regional, departamental y nacional, como el Consejo Regional Indígena del Cauca (Cric), el Consejo Regional Indígena del Tolima (Crit) y la Organización Nacional Indígena de Colombia (Onic). Igualmente se fortalecieron las leyes propias y la autonomía reconocida por la Constitución, además de disfrutar de tranquilidad a pesar de la continuación del conflicto armado colombiano entre la insurgencia y el estado.

Vicisitudes del documento y del acuerdo

El texto original del pacto quedó en manos de un profesor de Gaitania, quien dijo que era mejor guardarlo en sitio seguro. Sin embargo, como en muchas ocasiones sucede justamente lo que se quiere evitar (Murphi et al.1996), en un viaje en bus se le cayó en un recodo del camino el maletín el que estaba el valioso manuscrito, y fue a dar a un abismo que termina en el río, sin que ni siquiera fuera posible intentar recuperarlo. La comunidad conserva una copia que también por broma del destino tampoco ha podido encontrarse pero que existe y se cree que está a buen recaudo.

En el acuerdo mismo se invoca la decisión de la comunidad y el derecho- deber constitucional de la paz. Las armas del grupo fueron destruidas, algunas fueron a dar al fondo de una laguna.

El día del acuerdo, después de la firma Ovidio y Virgilio fueron a informar a la comunidad y a celebrar con ella. Algunos borrachos decían que eso no le devolvía la vida a los muertos pero al final, incluso quienes habían amenazado a Ovidio reconocieron que habían estado a punto de cometer un gran error.

En el pacto mismo se decía que al año se haría evaluación. Así se hizo y fue positiva. Tanto que la propia guerrilla dijo que se habían manejado inteligentemente situaciones complejas. Una de ellas fue meses atrás, cuando el ejército interceptó y asesinó a un guerrillero que llevaba una carta de Jerónimo en la que preguntaba a Virgilio cómo iban las cosas y si se estaba cumpliendo. El ejército manipuló la comunicación y le introdujo una parte en la que se amenazaba con comenzar a matar indios, diciendo que no estaban cumpliendo. Esa carta reelaborada fue dejada tirada en Coyaima, Ovidio la vio, le comentó a Virgilio y decidieron preguntarle a Jerónimo. Así hicieron y éste les respondió que era falsa, que se trataba de una provocación y que no había que hacerles el juego a los enemigos de la paz.

Desde ahí el nuevo rumbo pactado tomó más fuerza, se habló de integración y desarrollo sostenible y comenzaron más en forma los proyectos sociales.

Otro problema se presentó cuando no estaba ya Jerónimo. La guerrilla pretendía multar con 400.000 pesos a un indígena por haber dejado vagar fuera del territorio unos caballos que pisotearon cultivos de un campesino. El hombre iba a pagar pero Ovidio le dijo que no, que él hablaría eso con el comandante. Este no estaba muy suave al principio pero cuando Ovidio invocó el pacto y además le dijo que ellos tampoco cobraban cuando los animales de la guerrilla ingresaban a terrenos de los indios, aceptó y dijo que entonces simplemente arreglaran directamente con el campesino afectado lo referente a los daños, que se tasaron en 15.000 pesos.

El otro caso fue cuando las Farc exigían cientos de millones a las EPS en Planadas, entre ellas Pijao Salud (EPS del CRIT), a la que están afiliados los nasa. El acuerdo también sirvió para que los exoneraran de esa exigencia.

Una situación más complicada ocurrió en 2011, cuando la guerrilla iba a matar a un campesino que vivía con una indígena, acusado de haber guiado al ejército e informar sobre el campamento de Jerónimo, que fue bombardeado y donde murieron 14 guerrilleros. Ovidio pidió que no lo mataran, que eso podría significar la ruptura del acuerdo; la guerrilla aceptó y tuvo al hombre 19 días, al cabo de los cuales lo liberó pero advirtiéndole que debía abandonar la zona, lo que efectivamente sucedió.

Ejemplo para el país

El famoso proverbio “todo depende del color con que se mire”, que Mario Benedetti transformó en “todo depende del dolor con que se mire”, se aplica perfectamente a este acuerdo de paz. Quienes llegaron a él después de sufrir los rigores del amargo enfrentamiento y ahora ven las ventajas de su implementación, sin duda, lo valoran positivamente.

El resguardo lo analiza, valora y conmemora cada vez que se cumple un nuevo aniversario de su suscripción. Con los mismos métodos de diálogo, firmeza y persuasión han resuelto los incidentes que se han presentado en algunas ocasiones en que la guerrilla ha ingresado al territorio y reclutado indígenas para sus filas. Uno de esos casos ocurrió en 2006. Las autoridades del resguardo tuvieron que ir a buscar a una niña de 14 años que se fue a enrolar en la guerrilla. Los indígenas sacaron a relucir el acuerdo ante dos jefes de ese grupo y éstos les entregaron a la menor. La niña fue castigada con 15 minutos en el cepo, 6 fuetazos y 60 días por fuera de la comunidad. A pesar de ello, tiempo después, volvió a las filas del movimiento armado.

Las autoridades civiles del departamento y el municipio también apoyan esta experiencia, lo mismo que la Defensoría del Pueblo. A nivel del gobierno nacional el compromiso no es el mismo. Hay sectores que lo condenan por considerarlo un “pacto con terroristas”. Aún suenan las palabras del general Gustavo Matamoros Camacho, comandante de la Quinta División del Ejército, quien sostuvo en 2005 que el Ejército realiza sus operaciones militares en todo el territorio nacional y que toda la jurisdicción de Gaitania hace parte de Colombia, que no tenía conocimiento de ningún tratado de paz y que de todos modos “ninguna comunidad debe hacer pactos con bandidos”.

Por cierto, en los últimos años, tal vez como parte del clima creado por las conversaciones hacia una solución negociada que se adelantan en Cuba, las Fuerzas Armadas han cambiado un poco el tono. Así, en fecha cercana al aniversario, en 2013 el coronel Cipriano Peña Chivatá, jefe del Estado Mayor de la Sexta Brigada con jurisdicción en la zona, afirmó que aunque no conoce muy bien el acuerdo, respeta ese esfuerzo y considera que las comunidades están en todo su derecho a protegerse y proteger a sus miembros de la manera que lo consideren mejor.

Por fin empieza la celebración. El jueves, a media mañana, después del frío de la madrugada, aumenta la temperatura ambiente y el ánimo de los participantes. El entusiasmo crece a medida que van apareciendo los invitados: el delegado de la Gobernación del Tolima, miembros del Centro Nacional de Memoria Histórica, de las Naciones Unidas y la Usaid, estudiantes de la Universidad del Tolima. Con una fraternidad especial son recibidos los representantes de otros cabildos nasa como los de Rioblanco y La Herrera, otros del Chocó y del Cauca, así como varios hermanos pijaos de Ataco.

Se presentan danzas folclóricas con escenas de la vida diaria y de las labores del campo. Estos bailes que muestran la cosecha del maíz, interpretados con gracia juvenil y picardía por las parejas, dan un tono alegre y jovial a la fiesta.

Luego los rostros pasan de la alegría a la circunspección, al ver en un sociodrama teatral la presentación dramática de las tensiones que tanto al interior de los indígenas como en sus negociaciones con los guerrilleros vivieron los protagonistas, casi todos presentes entre la expectante audiencia. Particularmente emotivos son los pasajes de las amenazas y riesgos sufridos por quienes se la jugaron por la paz, especialmente Ovidio y Virgilio. El revivir estas situaciones arranca lágrimas a la concurrencia y hace valorar mucho más el proceso y la legitimidad ganada por autoridades tradicionales comprometidas con los más altos intereses de su gente.

Los dirigentes se duelen de la ausencia de la alcaldía de Planadas y del gobierno nacional, a pesar de que les cursaron las invitaciones desde tiempo atrás. También recalcan la necesidad de que los medios de comunicación den a conocer más ampliamente esta experiencia, que consideran puede inspirar el proceso actual. Aunque son conscientes de que el problema de la violencia en todo el país es mucho más difícil de resolver, están convencidos de que es posible si hay voluntad seria de las partes y acompañamiento de actores neutrales como ellos lo tuvieron.

Me despido impregnado del ancestral espíritu nasa, de la visión firme y optimista de esta comunidad, reafirmada en las palabras de una hermana de la joven que una vez sufrió el castigo por incorporarse a la lucha armada. Mirando unas veces los terrenos de su comarca y otras remontando su visión más allá de las montañas, tal vez hasta una hermana isla del Caribe, dice en tono optimista:

“Cuando mi hermanita tomó el fusil, ella y el pacto entre el cabildo y la guerrilla eran menores de edad. No sabía lo que hacía. No sé qué motivos tuvo para volver de nuevo a las armas pero ahora que esta paz ya es mayor de edad y que también puede haber arreglo en todo el país, sé que mi futuro no está en la guerra sino con mi gente, en nuestra tierra y que tal vez no sea lejano el día en que pueda volver a tenerla a mi lado.” .

Jaime Jurado A.

Resguardo nasa de Gaitania, julio de 2014.